

BOLETIN DOMINICAL

CONSAGRADO Á PROPAGAR LA SANTIFICACION DE LOS DIAS FESTIVOS.

DIRECTOR,

D. ZACARIAS METOLA, CANÓNIGO LECTORAL.

Y acabó Dios su obra; y reposó el día séptimo.
Y bendijo el día séptimo, y santificólo.

Gen. Cap. II. v. 2 y 3.

Santificar las fiestas.

(Tercer mandamiento de la ley de Dios)

De la Purificaciou de María.

Tulerunt illum in Hierusalem, ut sisterent eum Domino.

LUC. II.

Llevaronle á Jesuralem para presentarle al Señor.

Bellísimo ejemplo se ofrece á nuestra imitacion en el viaje de María y José á la ciudad de los profetas. María se dirige á Jerusalem á cumplir la ley de Moisés. Esta ley no se dió para ella, sino para las mujeres inmundas, concebidas en pecado y pecadoras. Con todo, se somete á la ley de la purificacion la que no tiene mancha ni lunar, la privilegiada criatura que concibió y parió, quedando mas pura que el ampo de la nieve, la que alcanzó el altísimo privilegio, nunca visto ni oido de las gentes, de ser á un

tiempo Virgen y Madre, Virgen cuya hermosura contemplan maravillados el sol y la luna, Madre cuya grandeza reverencian los hombres y admiran los Angeles. Vedla llegar al templo de Jerusalem, llevando en sus brazos al divino Infante, dado al mundo para rescate del mundo. ¡Qué hermosos son los pasos de esta Hija del Rey! ¿A dónde vais, y cuál es el motivo de vuestra presentacion en el templo, oh inmaculada Virgen, y Madre purísima? No hay ley que os obligue, ni teneis necesidad de purificacion, os dice vuestro enamorado panegirista el Abad de Claraval (1). *Non habes causam, nec opus est tibi purificatione.* Si buscamos la razon de tan hermoso ejemplo de humildad, paréceme que la Virgen ado-

(1) S. Bern. Serm. de Purific.

rable se sometió á ley de la purificación, ora para ocultar á las miradas del mundo su pureza, ora para dar gracias á Dios por tan insigne privilegio, ora para ofrecerse á El en cuerpo y alma como sierva humildísima, enteramente rendida á su santísima voluntad. Ejemplo edificante que debemos imitar si aspiramos á que nuestras obras sean aceptas á Dios, y dignas de sus divinas misericordias, como voy á demostrar con el auxilio de la divina gracia que el Señor me concederá por mediación de María cuyo favor imploraremos, saludándola reverentes con las palabras del Angel.

Ave María.

La vida de la Virgen María es ejemplo y enseñanza elocuente para todos los cristianos; es el límpido espejo en que debemos mirarnos, el tipo humano mas perfecto que debemos tener á la vista para regular nuestra vida, y realizar nuestro destino. Es además el aqueducto del río de la gracia que brotando del corazón de su Hijo se derrama en los corazones humanos, los eleva al órden meritorio sobrenatural, los hace fecundos para germinar flores del cielo y frutos de vida eterna. Tenemos, pues, en la Virgen adorable, Madre de Dios y nues-

tra Madre el modelo que debemos imitar, y la gracia sobrenatural que imitamos para poder copiar sus perfecciones y virtudes en el lienzo de nuestra vida. El misterio de su presentación en el templo puede servirnos de guía y dirección en el gobierno de nuestra vida así como de regla infalible y norma segura para todas nuestras obras. Deleitase el ánimo en la contemplación de María, arrodillada en el templo, sometida voluntariamente á la ley de la purificación, como una mujer vulgar, cubierta con las apariencias de la inmundicia legal, como quien sabe que la sumisión es la base de la exaltación y la humildad la mas grande de las virtudes. Así oculta á las miradas del mundo el privilegio de su fecunda Virginitad, el don de su pureza, y la gloria de sus destinos; y mientras se confunde con las demás mujeres, y se humilla como una esclava de la ley, los ángeles contemplan extasiados su grandeza, y cantan sus glorias y la proclaman reina y señora de los cielos y de la tierra.

Porque está escrito que Dios ensalza á los humildes, y se complace en cubrir de honor y de gloria las obras de la humildad. Nada mas grato á Dios que esta virtud, y nada mas útil y glorioso

so para nosotros. Dios hizo cosas grandes en María porque vió la humildad de su sierva, y así vemos nosotros que la mas humilde de las mujeres llegó á ser la mas grande de las criaturas angélicas y humanas. La vanidad es como la ponilla de las buenas obras, y el afán de que las vean y alaben los hombres, róbales todo su mérito, y solo queda de ellas humo, polvo y ceniza. No hagais lo bueno con deseo de alabanzas y aplausos mundanos, porque en verdad os digo que si buskais la estimacion de los hombres, ya recibisteis vuestro galardón. Cuando hagais limosnas y caridades, no vayais tocando la trompeta delante de vosotros, antes bien si no quereis perder el mérito de vuestras larguezas, procurad que ignore la mano izquierda lo que hace la derecha. El que nos ha de juzgar es el Señor. Todo lo ve, todo lo juzga y estima en su justo valor. Bástenos saber que conoce nuestras buenas obras, y que Él las premia con dones temporales y espirituales, con dichas del tiempo y con goces de la eternidad. Sean vuestras obras en público, pero que la intencion permanezca en lo oculto del corazón. Brilla la luz de vuestras virtudes en presencia de los hombres para que viendo las buenas

obras, se muevan á la imitacion, pero cuidado de no buscar sino la gloria de Dios, no teniendo otra mira ni otra intencion que la de agradarle y glorificarle. Esta es la manera de conservar integro el mérito de las buenas obras para el dia de las recompensas. Para lograrlo, no solamente habeis de imitar á la Virgen, ocultando vuestras acciones á la vista de los hombres, sino que habeis de atribuirselas á Él, y no á vosotros, puesto caso que Dios es el autor de toda obra buena y el Dador de toda gracia y auxilio, concedido al hombre para obrar en el orden meritorio de la vida eterna.

Z. M.

VARIEDADES.

El matrimonio de mi tía Nicole.

—
La casita en que pasó lo que voy á contaros, está situada en un pequeño valle, á mitad de la colina, cerca del rio, mas cerca de la iglesia, apartada de los caminos, oculta entre los árboles, y con un pequeño jardín delante. Una cortina de alambos blancos cierra el horizonte por la parte del Oeste, por donde viene la tempestad.

Los ruiseñores anidan delante de la puerta, en los arbustos del jardín; las golondrinas hacen sus casitas de barro bajo el tejado, que es de paja. Las gallinas corretean junto á la casa, y el ga-

llo carta desde la aurora en el corral que está detrás.

Una verja de madera, cerrada solamente con un pasador, da salida desde el jardín á los campos; campos floridos, en suave pendiente, con sauces alrededor, y manzanos, blancos y rosa en la primavera, verdes y rojos en el otoño, esparcidos aquí y allí.

En aquella casita habitaba mi tía Nicole con José Laurain, su esposo. Hacía mas de sesenta años que estaban casados, y tenían mas de ochenta.

Mi tía Nicole había sido hermosa, como lo eran las mujeres en el siglo pasado. Su andar y sus actitudes conservaban una gran majestad. Sus ojos eran dulces y alegres; pero su sonrisa era grave.

Los habitantes del pueblo se descubrieron con respeto, cuando la veían pasar cogida del brazo de mi tío José, que alto y delgado, pero recto y firme, la miraba todavía con aire dulce y protector, como en los tiempos de su juventud.

Cuántas veces he visto yo con emoción, cruzar entre los álamos, la blusa azul de mi tío, ó el fichú de cuadros blancos y encarnados, que cubría las espaldas de mi tía Nicole!

Y que dulce y tranquila atmósfera reinaba al rededor de aquellas dos fisonomías sonrientes, con su cabellos blancos como la nieve, que parecían iluminarlas con sus reflejos!

Una tarde, los dos estaban sentados junto al hogar mirando la llama.

En aquel momento llamó el cartero en la puerta y mi tía le abrió. Hacía frío y la nieve ocultaba enteramente el suelo.

Entró en la cocina, se sentó, se calentó, y despues, lentamente, sacó una carta de su cartera de cuero.

—Habrá hombre como este, dijo mi tía; traía una carta para nosotros y no decía nada! Y tomando la carta, la entregó respetuosamente á mi tío, que la miró un momento y se la devolvió, diciendo:

—Leed, Nicole.

Mi tía le hizo un pequeño saludo, y poniéndose sus grandes gafas de plata, leyó la carta siguiente que yo les había escrito la vispera.

«Mis queridos tío y tía:

»Mi madre se empeña en que salga, en medio del invierno, y con el frío horroroso que tenemos, á anunciaros en persona, mi matrimonio y mi felicidad.

»Llegaré dos días despues demi carta.

»Vuestro sobrino,

»Carlos, Enrique Laurain.»

Al día siguiente, muy temprano, mi tía, de pié sobre una silla, registraba las profundidades de su gran armario, y sacaba de ellas las cortinas amarillas con flores, para las ventanas y la cama del cuarto del centro, y las blancas sábanas que formaban un pequeño paquete, que abrió sobre una mesa. De sus pliegues salían flores de espliego y hojas de sálvia, y un suave aroma se escapaba de aquel lienzo blanco y fino.

Al mirarlas, pasó como una sombra de felicidad por la fisonomía de mi tío. Mi tía levantó la cabeza y sus ojos azules, dulces y graves, se fijaron en él.

—Las reconoceis, José?

—Siempre las mismas, Nicole! Hace sesenta y cinco años, que las desplegasteis para mí.

Son las sábanas de los extranjeros, dijo mi tía.

Mi tío pasó la mano por la tela suave y fina; y mi tía añadió:

—Son las más finas que hemos tenido en nuestra vida: yo las recibí de mi madre. Por qué, decía ella: cuando se recibe á un extranjero, no se sabe, si será un ángel. La última vez que han servido fué para aquel pobre.... os acordáis José?...

—Aquel que encontramos, rezando de rodillas en la cuadra?

—Sí!

El día que las sacásteis para mí, Nicole, no las sacásteis á buen seguro para un ángel.

Al oír estas palabras de su marido, mi tía, le dirigió una mirada tan radiante, tan gozosa, tan dulce y tan grave, que dos lágrimas se deslizaron por las mejillas de mi tío, perdiéndose en su sonrisa. Después dijo:

—Mi querida Nicole, con vos he sido muy dichoso!

—Y yo también José, dijo mi tía, que cerró con mano temblorosa los pliegues perfumados de las sábanas, para llevarlas al cuartito del centro.

Cuando llegué todo estaba arreglado. Sobre la mesa de mi cuarto, cubierta con una toalla á guisa de tapete, había una gran mata de romero, en una especie de vaso de vidrio azul. Luego dos sillas, una delante de la mesa y la otra cerca de la cama. Las cortinas amarillas con flores encarnadas, que habían colgado en la ventana y en la alcoba, ostentaban sus pliegues iguales, un poco ajados. En la

alcoba, sobre un lecho de madera oscura, se veían las sábanas perfumadas, que mi tía guardaba para los extranjeros. Un pequeño espejo estaba suspendido de un clavo, en la madera de la ventana: esto era todo.

Mi tío me condujo á mi cuarto con cierta gravedad, y señaló con la mano, temblorosa ya por la edad, el lecho blanco en que yo debía descansar.

Cuán lejos estaba del lujo de París!

Sin embargo, alguna cosa grave se apoderaba ya de mí, por la primera vez en mi vida quizá.

Por la noche, cuando, después de cenar, me senté en una silla de paja, entre mi tío y mi tía, tuve como vergüenza de mí mismo, y traté por despecho de tomar la revancha de los dos ancianos, que me habían recibido tan cariñosamente.

La solemnidad con que mi tío había bendecido la mesa, antes de sentarse, el saludo respetuoso que había hecho á mi tía al entregarle el cucharón para que sirviera la sopa, su actitud grave, sonriente, bondadosa... todo pesaba sobre mí. Yo me sentía humillado; y, para rehabilitarme, comencé la relación de mis amores y de mi próximo matrimonio.

—Es buena tu futura? me dijo mi tío, inclinándose hácia mí.

Esta pregunta me dió lástima porque denunciaba de una legua al lugareño campesino; y yo dije á mi tío.

—Voy á hacer os una relación en regla.

He encontrado á mademoiselle Saint Luc, en casa de una anciana marquesa que es visita mía, y que me ha enseñado la joven diciéndome:

—Os conviene, querido amigo; es joven, ha recibido buena educación, y sobre todo, tiene 120.000 francos de dote, limpios y contantes! En cuanto al suegro y á la suegra, ya sabeis... Al casaros con la hija no os casais con toda la familia!...

Esta anciana marquesa es una mujer de mundo, muy bien relacionada: no es un espíritu estrecho, lleno de viejas preocupaciones...

Aquí los ojos azules de mi tía, me cortaron la palabra sin que yo supiera darme cuenta del por qué. Sin embargo me respuse y añadí:

—La vida de soltero me cansa, y quiero concluir de una vez; ya sabeis, yo no soy un joven pervertido, y cuando me case, todo irá mucho mejor. Sin contar con que seremos casi ricos; una veintena de miles de francos de renta. Dando á mi mujer 7 ú 8.000, para su tocador y una doncella, será dichosa. Ella visitará á sus primas, que son unas viejas solteras bastante ridículas, pero no del todo malas, y yo cazaré é iré al club. Ved aquí mi programa: sí, es preciso concluir de una vez! La vida de soltero es deplorable, enteramente deplorable!...

—Vaya, por lo que hace á la mujer! pero, y los hijos?

—No hay acaso colegios, tío mio?

Al decir estas palabras la mano arrugada y temblorosa de mi tío se apoderó de las tenazas. No sea cuento de que, se me ocurrió la idea absurda de que iba á darme con ellas un golpe en la cabeza; pero se puso á remover los tizones de que salió un alegre chisporroteo.

—Por lo que hace al suegro y á la suegra, añadí yo mas tranquilo, los invitaré á comer una vez al año; porque es preciso respetar á los mayores: el padre tiene una cabezal., increíble!...

Aquí mi tía se levantó, y tuve realmente miedo de que me pegara. La verdad es que se habia levantado para encender mi candelero, porque era ya hora de acostarse.

Mi tío tomó la bujía de sus manos, haciendo un pequeño saludo, y me precedió gravemente.

Mi sorpresa iba en aumento: la relación de mi futuro matrimonio no habia producido efecto!... Ninguno de los dos ancianos dijo una palabra, cuando la terminé: al entrar en mi cuarto me volví diciendo:

—Y bien?...!

—No te cases, hijo mio, me contestó mi tío.

—Oh! nó, dijo mi tía.

El sueño, y tal vez un principio de pesadilla, desnaturalizaban á mis ojos las fisonomías y los gestos de mi tío y de mi tía.

En la respuesta que acababan de darme, me pareció ver una amenaza, y su voz tan dulce sonó á mis oídos de un modo aterrador. Yo me oculté precipitadamente detras de las cortinas del lecho, viendo que mi tío cogía una silla, y mi tía el vaso con la planta de romero, que estaba sobre mi mesa. Creí que iban á tirármelo todo á la cabeza.

—No quieres que hablemos?.. tienes sueño?.. Bien, bien, duerme pues hijo mio, ya hablaremos mañana, dijo mi tío, colocando la silla junto á la cama.

—Buenas noches, añadió mi tía, que se llevaba la mata de romero, y oí alejarse los pasos de mis temibles parientes por el corredor.

Apesar de todo, la frescura de las sábanas, el suave aroma que exhalaban, la tranquilidad y el silencio que reinaban en la casa; todo, hasta el aspecto del cuarto que veía á la luz de la luna; todo me calmaba, y á poco quedé sumido en un dulce sueño.

Cuando desperté ya estaba allí mi tío, repitiendo las mismas palabras que me había dicho la víspera al dejarme:

—No te cases, hijo mío.

—Y por qué?

—Serás muy desgraciado si te casas.

—Pero, por qué?...

—Porque, ya sabes, es muy sencillo, para casarse es preciso quererse...

—Como?

Y me detuve avergonzado.

Durante el almuerzo le pregunté:

—Cómo conocisteis á mi tía, tío mío?

—Oh! no es una historia muy larga, hijo mío. Yo era entonces sub-teniente. Era en tiempo «del otro,» ya sabes; y me tocó ir á España.... Estábamos de marcha y llegué á Tarascón, rendido de fatiga.—Tenía mi boleta de alojamiento. Me presento en la casa; y he aquí una joven alta, rubia, seria y atenta, que se levanta y me recibe.—A seguida me hace servir de comer, y mientras descansaba comiendo, llega, llevando sobre el brazo unas sábanas blancas y perfumadas.—Su madre estaba cerca del fuego, y sus hermanitos la seguían y la rodeaban, llamándola hermana Nicole.

Ella tuvo conmigo la seriedad y la gracia que tenía con sus hermanos, y algo de la deferencia que tenía con su madre.

Yo estaba absorto, y no sabiendo que decir á una persona tan majestuosa y tan buena, me ocurrió, la observación interesante que vas á oír.

—Que hermosas sábanas tienes, señorita!...

—Son las sábanas de los extranjeros.

—Y porqué las de los extranjeros?

—No se sabe, me dijo Nicole, cuando se recibe á un extranjero, si ese extranjero no es un ángel.

Ella me recibía como hubiera recibido á un ángel, hijo mío! A mil.. lo entiendes?

Pensando en aquella mujer bella, graciosa, seria y buena, me detesté y me prometí enmendarme. Con estas ideas me quedé dormido entre aquellas sábanas perfumadas, y al día siguiente partí para España.

—Y bien? le dije.

—Volvi tres años despues, añadió mi tío. Las cosas habian marchado. Yo era coronel y fui á buscar á Nicole:—No es ciertamente un ángel, le dije al entrar, pero es un amigo

Y Nicole me reconoció, ves tu, hijo mío?

—Esas sábanas perfumadas?...

—Son las sábanas en que tu has dormido.

—Las destinadas?...

—A los extranjeros, dijo mi tía, porque bien puede suceder que el extranjero que se recibe sea un ángel.

En el mismo instante la puerta se abrió y entró una jóven.

—Buenos dias Nicole, dijo mi tío.

—Como, Nicolet otra Nicole? exclamé yo.

Es mi hijada, dijo mi tía, presentándomela; pero tu vas á hacer un rico matrimonio...

Hace veinte años, sucedió todo esto.

Yo no he hecho un gran matrimonio. Nicole y yo, habitamos en la casa de mi tía, y en el fondo del gran armario, conservamos aún las sábanas de los extranjeros, que su madrina nos ha dejado: entre sus pligues ponemos siempre hojas de sálvia y flores de espliego.

JUAN LANDER.

PENSAMIENTOS.

La verdad no se forma de todos los girones de verdad, que penden de todos los errores. Es como la túnica de nuestro Señor, inconsutil.

Habrà en toda sociedad mas dolores domésticos, á medida que haya mas placeres públicos. En otro tiempo habia menos placeres y mas felicidad.

Las representaciones teatrales han suministrado al suicidio, y tal vez al asesinato, mas excusas y ejemplos de lo que se piensa.

(Aqarisi Guijarro)

La Lisonja.

¿Saben ustedes lo que es un poco de jabon extendido disimuladamente sobre la superficie de una baldosa?

Pues viene á ser un pretexto que nuestros piés aprovechan para irse siempre que se les pone delante.

El hombre mas vigoroso y más ágil no

tiene defensa contra esa pequeña cantidad de jabon, que suavemente se ha interpuesto entre el pavimento que pisa y las suelas de sus zapatos.

Una vez puesta la planta sobre la suavidad de esta sustancia, no hay mas remedio que caer.

(Selgas).

A un pícaro, pícaro y medio.

Siempre trabaja en su daño

El astuto engañador:

A un engaño hay otro engaño,

A un pícaro, otro mayor.

(Samaniego.)

La codicia y amor de las riquezas no teme á Dios ni tiene respeto al hombre, no perdona al padre, ni conoce á la madre, ni obedece al hermano, ni guarda palabra al amigo.—(San Agustín.)

La prensa juzgada por el célebre polemista Luis Veillot.

Conozco á la prensa. Si se tratara de hacer de ella un regalo al mundo, dudaria, sin duda, y probablemente me abstendria de hacérselo.—(Luis Veillot.)

